

No mates, no hurtas, no mentas, no prevariques, honra á tus padres; en suma, cumple la ley de Dios amándolo y sirviéndole.—*Moisés.*
La fuente de la vida es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia.—*Manu.*
Conócete á tí mismo.—*Sócrates.*
Trabaja para extirpar el mal. Embellece la tierra cubriéndola de vegetales y animales útiles.—*Zoroastro.*
Todos los hombres son iguales. No hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que poseen.—*Budha.*
Amás los unos á los otros. Sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos.—*Jesús.*
La piedad no consiste en levantar el rostro hacia Levante ó Poniente. Piadoso es el que socorre á los huérfanos, á los pobres, rescata los cautivos, observa la oración, da limosna, es paciente en la adversidad; el que es justo y teme á Dios elemento y misericordioso.—*Mahoma.*

Las Dominicales

SEMENARIO LIBREPENSADOR

Órgano de la Federación internacional de Librepensadores en España, Portugal y América.

El campesino que labra, la mujer que arregla su casa, el magistrado que desempeña sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el monje que ora y ayuna.—*Lutero.*
Desde la India hasta la Francia el sol no ve más que una familia inmensa que debía regirse por las leyes del amor; mortales, todos sois hermanos.—*Voltaire.*
Haz el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin.—*Kant.*
El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien.—*Krause.*
Que la verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se desplomen los templos y caigan hechos polvo los tronos, y se soterran bajo el fango los adoradores del vellaco de oro si se interponen en su camino. ¡Paso, paso á la verdad divina!—*El Espíritu del siglo.*

AÑO X

PRECIOS.—Madrid: Trimestre, 2 pesetas. Idem Provincias, 2,50 ídem. Extranjero: Año, 12 ídem. Ultramar: Año, 3 pesetas oro. Número suelto corriente, diez céntimos de peseta. Idem ídem atrasado, veinticinco ídem. A los vendedores, seis reales la mano.
El pago se hará por trimestres ó años anticipados.

MADRID

Viernes 16 de Julio de 1909.

OFICINAS.—Calle de San Mateo, 18, 2.^o
 Toda la correspondencia, sea de redacción, sea de administración, se dirigirá en esta forma:
Fernando Lozano.—Apartado 109.—Madrid.
La Redacción no devuelve los manuscritos, ni responde de los artículos firmados.

NUM. 412.

EL GRAN ACTO DE ALBURQUERQUE

Dicho y hecho.

Dije que iría á clavar sobre el castillo de Alburquerque la bandera del «programa mínimo».

Ya está hecho.

¿Y en qué forma?

En una forma grandiosa, soberbia, magnífica.

Ha sido un pueblo entero, una masa humana, de espesor inacabable, la que ha ido á participar del mitin, entre transportes de entusiasmo delirante.

Allí no hay fracciones republicanas. La unidad de opiniones es absoluta y perfecta. Todos quieren lo mismo; todos quieren traer una República que comience por afirmar definitivamente el patrimonio de libertades y derechos conquistado por nuestros grandes padres liberales, hoy detestado por castas malditas, y dejando de ahí la puerta abierta para todos los progresos que pueda ir realizando con prudencia y perseverancia nuestro país.

Es una obra de reflexión absolutamente de acuerdo con toda nuestra evolución histórica y que, por lo mismo, tiene que ser firme como el granito, sin los peligros de los saltos de ciego que venimos dando desde hace medio siglo, que nos han traído por cada pequeño avance un enorme retroceso; por unos meses de República, 34 años de restauración.

Seamos tan decididos y resueltos como correctos. Tenemos derecho á la plena soberanía, sin Concordato que la limite, entregando parte de ella á un rey extranjero destronado, como es el Papa; tenemos derecho á la propiedad plena de los bienes de la Iglesia que nos pertenece por derecho natural y de sangre, ya que lo conquistaron nuestros gloriosos padres en siete años de furiosa guerra, y, por tanto, hay que posesionarnos del presupuesto del clero, graciosa concesión hecha al Papa como indemnización de bienes que jamás ha debido poseer la casta sacerdotal, violadora y enemiga del Evangelio; tenemos derecho, finalmente, á imponer la ley subsistente y no derogada, de extinción de todas las órdenes religiosas.

Esa parte de nuestro programa la llevé grabada en su alma la España liberal toda entera, porque llegó á su posesión después del martirio más orno, realizando una de esas epopeyas que no se repiten, que no se pueden repetir en la Historia.

En ese punto tienen, por tanto, que estar de acuerdo con nosotros los liberales todos, puesto que es la obra común de la España liberal, cuando no había distinción de liberales, demócratas, republicanos, socialistas y libertarios, porque todos los revolucionarios formaban un sólo partido que era el partido liberal.

Moret, en el célebre mitin del teatro de la Princesa, recordaba este nuestro común origen y nos excitaba á todos á volver á la tradición común recabando las conquistas que entonces realizamos.

Por consiguiente, Moret, como todos los liberales y todos los demócratas, está obligado á querer la anulación del Concordato, la supresión del presupuesto del clero y la extinción de los conventos; está obligado, sino es inconsciente, sino es flaco y fementil, á aceptar esa primera parte del «programa mínimo». Del año 88 al '91, durante 19 años, aquí no hubo Concordato, aquí fué nula la autoridad del Papa. La incautación de los bienes de conventos y abadías se hizo también sin indemnización, sin rescate alguno, y aunque al incautarse de los bienes de la iglesia secular se prometió retribuir al clero regular con un sueldo; no se hizo efectiva la promesa. Lo realizado en 1881 al negociar en

Concordato, fué así una obra execrable de contrarrevolución que no puede aceptar nadie que se llame liberal.

Marchamos, pues, pisando sobre granito al pedir que se realicen esas reformas. El liberal que no nos acompaña, es un traidor á la tradición común que invocaba Moret en dicho mitin.

Lo que no pertenece á aquella tradición es el aditamento de la República que nosotros le ponemos.

Pero hay que reconocer que ese aditamento es una consecuencia, ineludible de la primera parte del programa.

Desde luego, nuestros padres liberales del 33 al 40, pusieron sobre todos los poderes la soberanía nacional. Si dejaron subsistir la monarquía, es porque quisieron, porque creyeron que en aquel tiempo la forma de gobierno que podía dar mayor fuerza al nuevo régimen constituido, era la monarquía.

Pero habiendo sido luego la monarquía constitucional la que detentó las libertades conquistadas haciendo el Concordato y entregándose sin cesar á la reacción, lo que ocasionó incesantes protestas revolucionarias; habiendo sido ella la que, en los últimos tiempos, con desprecio de la ley, ha abierto las puertas á la invasión de las congregaciones religiosas, lo cual ha dado lugar á la protesta nacional contra el clericalismo en que han tomado parte los propios monárquicos; está probado hasta la saciedad que el régimen actual no ofrece garantía alguna para la defensa y conservación de las más elementales libertades públicas; y como en cambio no hay nadie que no esté convencido de que la República es una garantía segura y cierta de la conservación de esas libertades, es de una lógica ineludible traer la República para completar la obra de nuestros mayores y ponerla por sostén y cimiento de granito.

A eso vamos, pues.

A eso debe ir forzosamente todo español que tenga alguna conciencia del inmenso sacrificio hecho por nuestros sublimes predecesores. Si éstos dieron por miles y miles la vida á fin de conquistarnos patrimonio tan precioso, nosotros debemos también sacrificar algo y arriesgar algo—que nunca llegará ni remotamente á lo que ellos hicieron—por afirmar y consolidar su obra.

Emoción popular.

Todo lo que acabo de escribir explica bien el movimiento de profunda adhesión que, al objeto del mitin, latía en el pueblo entero de Alburquerque, que es esencialmente liberal y democrático. Ciertamente que por sus compromisos políticos, los que representan agrupaciones monárquicas no podían verse á mi lado; pero su corazón tenía que estar conmigo en una campaña que lleva por objeto consolidar las libertades que habían conquistado y gozado sus mayores, dándoles el ser político que tienen, aun los conservadores que se han aplicado con Cánovas el título de «liberales» y que proceden también de la gran familia liberal que se batió contra el Papa y contra Don Carlos en defensa de la Soberanía nacional.

El pueblo, la masa obrera que no sólo posee en lo más hondo esos sentimientos, sino que tiene hambre de expresarlos, se veía presa de emoción indecible revelada en la luz que iluminaba los semblantes, sobre todo de las mujeres.

El recibimiento.

Se me recibió entre música, abrazos, vitores y saluciones en verso. Una valien-

te mujer que iba en el grupo de las más entusiastas, se me acercó y me entregó un ramo de flores, dedicándomelo con palabras entrecortadas por la emoción.

¡No hay redención sin santas mujeres! Y la obra de la redención proletaria en que estamos empeñados, tiene también sus Martas, pero en mucho mayor número que las que rodeaban al Cristo; porque ellas van tocando, palpando ya, á favor de sus delicadezas de sentimiento, que ahora no es sueño, como en los tiempos cristianos, sino una realidad positiva, la redención de todos los hambrientos de paz y de justicia.

Entre el grupo de aquellas santas mujeres de la redención proletaria se destacaban, según me dijeron después, Tomasa Gómez, Dorotea Cordero y Juana Plata, llamándose Rosa Barroso la que me entregó el sencillo ramo de flores hecho por sus manos y sujeto con cinta de seda. Pero son muchas é invencibles las mujeres republicanas de Alburquerque, dispuestas siempre á defender con su sangre y como leonas el pan de los trabajadores.

Campaña republicana.

Mientras la música resonaba, no dejó de llamarme la atención un repiqueo de campanas, cuyos ecos sobresalían por encima de las notas musicales; y recordando que en cierta ocasión, al celebrar un gran mitin en Barcelona, el campanero de la parroquia inmediata tocaba desahogado para que no se oyeran nuestros discursos, excediéndome señaladamente al comenzar á hablar yo, lo que ocasionó en el público gritos de airada protesta, que yo acallé con una frase despectiva, pensé en que podía tratarse de cosa semejante en Alburquerque. ¡Cuánta no sería mi sorpresa cuando Saahís, el ex alcalde republicano de Alburquerque, se me acercó para decirme que aquel repique era en mi honor y para anunciar mi llegada! Y como yo respondiera con un mohín aplaudiendo la broma;

—No es broma—añadió—repican por la llegada de usted; porque ese campanario no es de la Iglesia, es del Municipio, y está destinado á anunciar los actos civiles; y así como consentimos que cuando llega el obispo repiquen las campanas de la iglesia, justo es que cuando llega un hombre civil á quien queremos honrar, toque la campana republicana.

¡Será republicano y sabrá aplicar la tolerancia Alburquerque!

Luego me explicó la historia de ese campanario, diciéndome que el pueblo había estado largos años sin reloj público, porque el antiguo se había inutilizado de puro viejo, en cuya virtud se habían acordado repetidamente consignaciones en el presupuesto municipal para comprar reloj, durante la Restauración; pero el dinero se filtraba y el pueblo seguía viviendo fuera del tiempo, sin saber la hora que era, hasta que penetrando en la casa municipal una mayoría republicana, hubo su torre, su reloj y su campanario municipal; de suerte que los vecinos de Alburquerque oyen á todas las horas del día, en lengua de bronce, cantar la honradez de la administración municipal republicana.

¡No ha de querer aquel pueblo la República?

El concierto.

Por la tarde, después de comer y de recibir á los amigos que acudieron á cumplimentarme, fuimos á tomar café al Casino de artesanos, el más numeroso, situado en el sitio más céntrico de la población, y allí se improvisó un concierto en que se

echaron á volar las notas de *La Marsellesa* y dieron á conocer los hijos de aquella tierra sus aptitudes singulares para el cultivo de las Bellas Artes, haciendo resaltar su bríosidad en la ejecución del piano el Sr. Sama, sus delicadezas en el manejo del violín el Sr. Pilo, y sus admirables dotes de artista el Sr. Cabezas, que deposita con sus labios en la flauta, no aire material, sino soplos pastosos impregnados de espíritu.

Órdeno y mando.

El armonioso ambiente del concierto fué perturbado por la noticia, transmitida de labio en labio, de que el gobernador había prohibido por orden telegráfica realizar el mitin al aire libre, mandando que se hiciera en local cerrado.

¿Qué había pasado para que se dictase orden tan peregrina y con tal urgencia? ¿Esque estaban los moros á nuestras puertas?

Jamás había ocurrido nada semejante en Alburquerque, donde se han celebrado centenares de mitins en lugar cerrado ó abierto, sin que haya tenido que intervenir para nada la autoridad.

El orden perfecto y la placidez con que se había celebrado el mitin reciente de San Vicente, al aire libre, era también prenda segura para el jefe político de la provincia de que ocurriría lo mismo en Alburquerque.

Por otra parte, habiendo notificado los organizadores del mitin al alcalde el sitio y hora donde se celebraría, y habiéndolo aprobado el alcalde, la orden del gobernador era, en el fondo, una censura á la autoridad municipal. Ahora considere el lector lo extraño del caso de que una autoridad residente en la capital de la provincia se meta á dar lecciones al alcalde de un pueblo sobre el lugar en que se debe celebrar un acto público. ¿Quién podrá conocer mejor lo que conviene al orden y regularidad de una reunión pública en un pueblo que la autoridad del pueblo?

Por consiguiente, el telegrama del gobernador de Badajoz, completamente injustificado, puso de relieve la pobreza de espíritu de estas autoridades restauradoras, que ya que no pueden prohibir el ejercicio del derecho á sus adversarios, se esfuerzan en cohibirlo y desvirtuarlo. Además atestigüé que se va preocupando ya el gobernador de la provincia de la importancia del movimiento iniciado en San Vicente de Alcántara, y le tiene inquieto, lo cual, siendo un honor para los republicanos de San Vicente-Alburquerque, es una preciosa indicación para los demás pueblos extremeños que quieran secundar esa obra tan molesta á las autoridades vaticanistas.

¡Llenemos, llenemos de preocupaciones á los gobernadores de Badajoz y Cáceres!

A tomar el castillo.

El castillo de Alburquerque, que es un monumento arqueológico, corona las crestas de un peñasco elevado, sirviéndole de base peñas de dimensiones colosales que parecen llevadas allí á brazadas por los titanes que disputaron en los tiempos fabulosos del reinado de la tierra á los dioses. Allí subimos un numeroso grupo por las calles más altas del pueblo que se comunican con el castillo hasta llegar al torreón más alto, desde donde se abarcan un panorama de inmensa extensión que alcanza hasta Badajoz. Es natural que los hombres nacidos en aquellas tierras extremeñas, abarcando con su mirada todos los días tan vastos horizontes, hayan sido enamorados de todo lo grande y hayan

atravesado los mares para ensanchar más allá de ellos la tierra y engrandecer el mundo.

Ello explica también que en Extremadura no haya podido arraigar ninguna idea estrecha, ni regionalismo, ni tradicionalismo, ni carlismo.

Entre las preciosidades arqueológicas que guarda el castillo, descuella, y me llamó mucho la atención, la capilla románica, muy esbelta y muy bien conservada.

El mitin.

Claro es, ordenar detalles locales á muchas leguas de distancia no se puede hacer sin exponerse á mandar lo imposible, y el alcalde de Alburquerque, al querer cumplimentar la orden telegráfica del gobernador, se encontró con que, de cumplirla, no se podría realizar el mitin que ya había autorizado, porque el único local capaz, que es el Centro republicano, no hubiera podido contener más que una mínima parte de la multitud que quería asistir, y había el peligro de que se hundiera el suelo del local. En su vista, el alcalde acordó que se celebrara el mitin en el Centro republicano; pero hablando los oradores desde el balcón, para que el público pudiera oírlos desde la calle.

Esto es, que al fin hubo qué celebrar el mitin al aire libre; pero no en la plaza donde había amplio espacio, cerrado por dos lados, y donde el público, en más cantidad y con más comodidad, al abrigo del aire, podía oír á los oradores; sino en una calle por donde enfilaba el aire frío con peligro de bronquios y pulmones.

Al acercarse la hora de comenzar el acto entraban los amigos á decirnos:

—Las mujeres suben en grandes grupos á ocupar los primeros puestos.

A pesar de estas impresiones sobre lo concurrido que iba á estar el acto, todo palideció ante la realidad. Durante un largo trecho de la ancha calle, en forma de carretera, donde está situado el Centro republicano, veíamos en hilera á derecha é izquierda, conforme avanzábamos en dirección del Centro, á multitud de personas, especialmente mujeres, sentadas á de pie, esperando la hora de comenzar, y al aproximarnos á la puerta encontramos apilada una enorme masa humana por donde nos era difícil abrirnos paso; aparte de encontrar el local lleno.

Los oradores.

Presenta á los oradores Saahís, el tribuno de palabra ágil y robusta, que hace conmovér los pechos populares golpeando sobre ellos como la ola sobre la roca, y llevándoles ansias de reivindicación y de batalla.

Consagra palabras de justo elogio á Mariano Alcántara, el honor de Alburquerque, «el padre del pueblo», como le llamara, á quien traidora enfermedad retiene en el hogar, y envuelve en nubes de incienso los nombres de los oradores conforme los va designando, excitando al pueblo á recibir la semilla que allí se va á verter y conservarla y cultivarla, seguro de que recogerá ciento por uno.

Los aplausos que le interrumpen frecuentemente coronan su peroración.

La juventud asoma al balcón en la persona de *Serviliano Pozas*, quien hace gala, con palabra fácil, de un humorismo punzante, detrás del cual se adivina al convencido y al espíritu fuerte. ¡Ya dará que hacer ese joven á la clerecía despótica y viciosa!

El público le oye con creciente simpatía y le ovaciona.

Sedras, hijo—que, al advertir que no iba entre los que me acompañaban desde San Vicente, fué llamado por telégrafo, porque no querían privarse de oír su voz fogosa—apareció en la tribuna saludado por los aplausos. En párrafos robóticos y cadenciosos muestra su pasión por los nuevos ideales que van a rolimir al hombre, y excita al pueblo a luchar contra lo existente, llevando por bandera el programa mínimo.

Su juventud, su figura esbelta y su aire tribunicio, contribuyen a dar realce a su palabra, que se oye con encanto y se oubre de aplausos.

Elías Pascual se presenta con su carismosidad y tranquila como el que nada teme ni debe, y habla como en su casa, en lenguaje llano, claro, preciso, de modo que todos le entienden y todos asienten a sus palabras, que se oye con encanto y se oubre de aplausos.

El orador de la comarca surge en la tribuna: es Ramundo Gramontel. Gramontel maneja la palabra con la soltura con que el maestro de esgrima la espada. Como el arroyo cristalino deja al correr con su curso grato al oído, las peñas del fondo, la palabra de Gramontel deja ver con la misma claridad y la misma impresión grata al sentido, el fondo de las cuestiones que trata, sin trabajo, sin esfuerzo del que escucha. Se advierte bien que su espíritu no viene de Extremadura, viene de Aragón, no es la maza de García de Paredes, que aplasta, es el ingenio de Luperón de Argensola, que corta y rasga.

Las aristocratas del Congreso le habrían tomado por un refinado camarada, y es un confitero. Tendrá poderío el espíritu sobre la materia cuando se reconcentra en el barro humano!

Ciertamente que Gramontel es un caso extraordinario del poderío de los dones naturales sobre todos los obstáculos materiales y sociales que obstruyen su desenvolvimiento. En una Cámara, ese hijo del pueblo, sin carrera, sin maestros, sin posición, hubiese sido una potencia política de primer orden, porque pronto se hubiera hecho valer la fuerza sugestiva de su dialéctica. Qué dijo en su discurso?

Lo discreto, lo oportuno, lo pertinente al caso; ni una palabra más, ni una palabra menos; mientras el público que estaba debajo le contemplaba, viendo caer sus palabras preciosas y castizas, con el mismo encanto con que ve caer las estrellas de luz de los cohetes. Después de hacerles ver que para desgracias, colocándolas bajo el dominio del hombre en condición inferior social, política y religiosa, la Iglesia, las había calumniado ofreciéndolas, a favor de la fábula grosera del Paraíso, como compañeras de la serpiente y causa de la perdición del género humano, dije a las mujeres que había surgido un Redentor para redimirnos de ese pecado original que les imputaba la Iglesia, ya que el otro Redentor, no lo había hecho: tal es el Libre-pensamiento internacional, que en sus magnos Congresos ha declarado a la mujer esencialmente igual al hombre, y con los mismos derechos del hombre, poniéndola delante de sus ojos con tal motivo la obra inmortal de emancipación, que han realizado esos Congresos; y la participación que en ellos han tomado las delegaciones españolas.

Para llevar a sus ánimos la confianza, la seguridad en el triunfo de su causa, esto es, en el cumplimiento de los decretos de los Congresos librepensadores que devuelvan su dignidad a la mujer reintegrándola en la plenitud de los derechos humanos que han recibido de la naturaleza, les hice ver la fuerza abrumadora que representan y asumen esos Congresos, una sola de cuyas delegaciones, la de diputados y senadores franceses, ha bastado para llevar a cabo la obra colosal de la separación de la Iglesia y el Estado en Francia. Lo que el Libre-pensamiento ha mandado se cumplirá y se llevará a la

luz por tanto, en todos los países, y las mujeres serán redimidas.

Dirigiéndome luego a todos, les hice notar que desconocen u olvidan la historia de nuestro país que le tachan del resaca de la tierra, y desplegué ante su vista la grandiosa epopeya realizada por nuestros padres liberales para vencer el monstruo tradicional y levantar sobre sus despojos la España constitucional.

Pero luego les mostré también el espectáculo insostenible que venimos presenciando del fraile, el cura, la beata, el papa extranjero, todo cuanto nuestros padres abatiéron y confundieron en el polvo, enseñoreándose nuevamente de la nación, porque el régimen en quien confiamos la custodia de la Libertad, la ha entregado a esas hordas para que la ultrajen y la humillen.

Y entonces les probé, evangélico en maza, que esa dominación está maldicienda, no meaos por la religión del Cristo que por la España de Mendizábal; que al papa, al ejercer la soberanía que le otorga el Concordato, es un vicario, no de Cristo, sino de Satanás; que la Iglesia, al cobrar el presupuesto del clero, es el pecado en confagración, carne del infierno que arde y se consume en la tierra.

Conclusión de todo mi razonamiento que había sonado la hora de dar la batalla al clericalismo, no de palabra, como se hizo en el mitin de la Princesa, sino de verdad, como quiere el pueblo español, a cuyo efecto, en vez de las dudas, las vacilaciones y las nebulosidades en que se había encerrado Moret, por lo mismo de no tener punto de apoyo cierto en las alturas, iba a formular el programa claro y transparente de lo que quiere, sin dadas, toda la España liberal, y que constituyé, sin embargo, un programa mínimo del partido republicano. Esto es: yo formulaba el programa de un bloque verdad de los izquierdas, mientras que los hombres del bloque ni han formulado programa claro; ni las bases que han dado pertenecen a la España de la libertad, sino a la España de la reacción; no a la obra de los progresistas del 36 y el 37, sino a la obra de los ultramoderados de 1851, como es el Concordato y el presupuesto del clero, que esos cleros, femeniles directores del bloque ¡oh vergüenza! han ofrecido respetar, entre el mutismo de republicanos desmayados ¡muchos que se llaman revolucionarios! que no han tenido siquiera valor para protestar contra esas herejías.

Yo formulé el programa verdad, el que debe ser y será para todos los liberales, é inscribiéndole en una bandera, clavé ésta sobre el castillo de Alburquerque confiando su custodia a algo más inespugnable que aquel castillo que se levantaba sobre nuestras cabezas: a los leales pechos extremos, fuertes como las estrellas de sus dehesas.

Recordé entonces las energías sobreabundantes desplegadas por los hijos de Extremadura durante el siglo XVI; para dar a España un nuevo rumbo que ha dilapidado el monstruo sacerdotalescon sus hechuras los reyes; y añadí que había llegado la hora de resucitar esas energías de la tumba en que reposan desde hace más de tres siglos, para ponerlas al servicio de la conquista del nuevo mundo moral en que el proletariado universal está empeñado, que es el mundo de la justicia social, para lo cual lo primero, el postulado imprescindible, era reconquistar la República.

Y recordando que me encontraba en un pueblo fronterizo de Portugal, terminé diciendo: «De pie sobre esta frontera levantada por una Historia maldita, con el alma puesta en la revolución portuguesa y en la revolución española, a vista de dos pueblos generosos, de la más alta estirpe histórica, que luchan bravamente por conquistar el derecho que le dan la naturaleza y el nuevo régimen inaugurado en la Revolución, a gobernarse por sí mismos, yo os invito a gritar conmigo: ¡Vivan los republicanos portugueses! ¡Vivan los republicanos españoles! ¡Viva la península ibérica republicana! Vivas que fueron repetidos con la energía potente que brota de los pechos populares.»

Luis Sedras.—El público pide que hable Luis Sedras, el amado y admirado médico de San Vicente, que había querido reservarse.

Y la palabra del convencido, resuena entre los aplausos de la muchedumbre que acepta totalmente los radicalismos más extremos en la cuestión religiosa, que vierten los labios del inspirado apóstol del librepensamiento en aquella comarca.

Se le aplaude, se le vitorea y se le ovaciona.

Otra vez Sancho.—Para dar las gracias al pueblo por el grandioso espectáculo que acababa de ofrecer, hincó los aceros de nuevo la palabra tribunicia de Sancho, presidente del acto, y la reunión se disuelve llevándose en el enardecido pecho, con los ecos de aquella voz, una semilla que no se perderá más y engendrará cosecha sobre cosecha de eternos frutos de redención.

El orfeón.

Nos quedaba recibir la más grata sorpresa.

Un orfeón, casi improvisado, nos iba a regalar el oído con sus canciones.

Hijos del trabajo, aumentando a su jornada diaria varias horas de aprendizaje musical, sin entender en una sola palabra de música, han formado en corto tiempo, bajo la dirección de un hombre de fe, D. Marcelino Moro, una masa coral compuesta de 35 voces, que, por su afinación y sus matices de tonalidad, es una cosa verdaderamente admirable que constituye un honor, no sólo para Alburquerque, sino para toda Extremadura.

Claro es que sin primera materia en que hacer resaltar sus concepciones, el artista se estrella. Sobre barro, no puede el escultor, por bueno que sea, hacer brillar su genio, como sobre oro. Y eso sucede con aquellas voces extremeñas, que son oro puro, por su timbre y su volumen robusto y enérgico, como de quien está acostumbrado a golpear con el martillo sobre el yunque. ¡Muy hermosos, muy hermosos! Les oíamos, cuantos nos halláramos presentes, que éramos muchos, con indecible encanto; y al entonar la Internacional, lanzando al viento con energía vibrante la frase «es la lucha final, es la lucha final», todos los corazones se agitaban con latidos de esperanza.

El orfeón, que no tiene carácter político, aspira a extender su influencia musical por toda la tierra extremeña, a modo de los coros de Clavé, que se extendieron por toda Cataluña. Es una aspiración que deben apoyar cuantos amen a Extremadura y quieran hacer de ella una tierra culta y dichosa.

Campanas musicales.

Me había llamado ya la atención el sello poético del espíritu popular de Alburquerque: la mujer que me ofrece el ramo de flores, otra que se acerca a decirme un verso, un obrero que me saluda en verso y que me anuncia que me presentará una dulce república, el músico que toca la flauta impregnando de sentimientos las notas... varios otros detalles que no me habían pasado desapercibidos, me hicieron comprender que había allí, en el seno de aquel rudo pueblo labrador, muchas perlas, aunque perlas por pulir; cuando estando aún en la cama, en la mañana del domingo, llegó a mis oídos el ruido de las campanas tocando a misa mayor. Confieso que por lo pronto no me di cuenta de la sensación que experimentaba; pero, de hecho, lejos de molestarme aquel ruido, como es común con los de su género, me halagaba, envolviéndome en un vago ensueño, cosa así como si me mecieran dulcemente en un baño de perfumes. Luego fijé ya la atención, y vino el movimiento de sorpresa; aquellas campanas sonaban como yo no he oído jamás. Aquello no era el galpato hupal del bronce, acostumbrado en todas partes, que martillea sobre los oídos y los rasga con sus agrios tonos metálicos; era una marmuración, un lamento, una plegaria; ya semejava al canto de la madre que mece al niño sobre su regazo para adormecerlo; ya al incansario moyle de compás que lanza al aire nubes de humo perfumado; ya la doncella enamorada que envía a su amado espumas de armonía arrancadas blandamente por sus dedos rosados a las cuerdas del arpa. Los ruidos se perdían, volvían a reaparecer, crecían en intensidad, se apagaban, adquirían matices diversos, sin desaparecer nunca la tonalidad fundamental en que descansaban, dándonos unidad y armonía. Callaron las campanas y yo me quedé triste, porque hubiera querido oír más. Al cabo de un rato volvieron a sonar casi con más maestría, y más encanto. Aquel campanero es un artista que quizá se ignore a sí mismo.

A no dudar, en el fondo de la masa popular de Alburquerque hay un criadero de perlas que sólo podrá beneficiarse cuando surja ese ingeniero que andamos buscando, llamado República.

Palabra final.

Después del espectáculo magnífico que ofrecísteis a mis ojos en la noche del mitin, me tengo lleno de gratitud por vuestra abogada magnánima y de esperanzas por vuestra fe redentora; os llevo en cambio mi espíritu de solidaridad humana, mi amor a la verdad, mis anhelos de paz, mi pasión insobornable por la libertad y la justicia social. Guardadlos como se guarda en el pomo de oro, el perfume de la rosa, de la violeta y del azahar, y exhaladlos en vuestros actos para embalsamar la vida y llenar de alegría al mundo.

FERNANDO LOZANO.

La despedida. A recibirme, cuando llegué a la estación de San Vicente de Alcántara, habían

LUZ Y SOMBRA.

En un número anterior, al dar la noticia del fallecimiento del malogrado Sr. Liso, enterrado civilmente en Madrid, incurrimos en un error de nombre.

El fallecido se llamaba don Pedro Martínez Liso, y era hijo de don Cipriano, un apóstol de los nuevos ideales fallecido en Soría, y cuyo entierro civil fué un acontecimiento en aquella ciudad levítica, donde produjo la más honda impresión.

El infortunado don Pedro ha sido, por tanto, fiel a las doctrinas librepensadoras que profesara su honradísimo padre.

Hemos dicho que enviábamos el folleto del *Indiano* a los suscriptores cuyos nombres constan en nuestra Administración; pero no a los lectores, porque no hay número suficiente para ello.

Sin embargo, allí donde nos ha sido posible hemos mandado ejemplares al correspondiente a las personas que están en comunicación frecuente con el periódico. Rogamos a esas personas y corresponsales que recomienden a los lectores a quienes regalen ejemplares, que los den a leer al mayor número posible de sus amigos; para que las sanas ideas contenidas en el folleto se difundan.

En el número inmediato publicaremos el grupo fotográfico de la plana mayor del republicanismo de Alburquerque.

Así iremos teniendo en efígie a los futuros redentores de Extremadura.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la concluyente síntesis histórica que, bajo el pseudónimo *Mitozooguren*, estamos publicando, y que constará de cuatro artículos.

Registrado el cadáver de uno de los moros muertos en los últimos combates, resultó que llevaba colgado al cuello un escapulario de la virgen del Pilar.

Por lo cual resulta que la Pilarica no hace más milagros en tierra de moros que en tierra de cristianos, y que cuando los frailes pretenden cateizar a los moros, éstos les pueden decir: «De bastante sirven vuestras vírgenes más milagrosas para libramos de la muerte!»

Por delito de imprenta han sido condenados a crecidas multas nuestro amigo Magalhães Lima, una escritora briosa, doña María Bellada y el vigoroso escritor Fernando Boito Machado, tan querido amigo nuestro.

Protestamos enérgicamente de esa sentencia que condena a los más beneméritos portugueses, dignos de todos los premios y todos los honores, en vez de merecer castigos.

El simpático y querido Centro republicano de los barrios de Nueva Numancia y Doña Carlota, ha organizado una gran *hermesse* para los días 15, 16, 18 y 25 del corriente, que se celebrará en los jardines de dicho Centro, y cuyo producto será destinado exclusivamente a las Escuelas que con tanto sacrificio venimos sosteniendo.

¡Todos a ayudar al éxito de esa empresa!

ADHESIONES AL MITIN DE ALBURQUERQUE.

Entre las adhesiones recibidas, figura la de *La Coalición*, de Badajoz, cuyo Director, el firme y talentoso luchador Sr. Gazo, no pudiendo asistir por compromisos anteriores adquiridos, se adhirió en su periódico y dió su representación al señor Gramontel.

También envió su representación a éste el admirable alcalde de Garlitos, D. Félix Fernández, que en una aldea extremeña viene manteniendo enhiesta, durante un cuarto de siglo, la bandera librepensadora. Como Garlitos está en un extremo de la provincia de Badajoz, opuesto al que ocupan San Vicente y Alburquerque, se ve que los fuegos del entusiasmo comienzan a cruzarse por toda la región extremeña, y ya vendrá el incendio general!

Hojeando la Historia.

GUERRAS DE RELIGIÓN. La Iglesia cristiana que en el silencio de las catacumbas había tenido tiempo para pensar en las causas originarias de la destrucción de las anteriores civilizaciones, encontró una fórmula que, por no ser nueva y además estar en oposición con el origen mismo de la nueva religión, debía entrañar una nube de peligros para lo futuro. Esta fórmula, que era la de una formidable teocracia, es decir, la del dominio de la casta sacerdotal, ocultaba el

